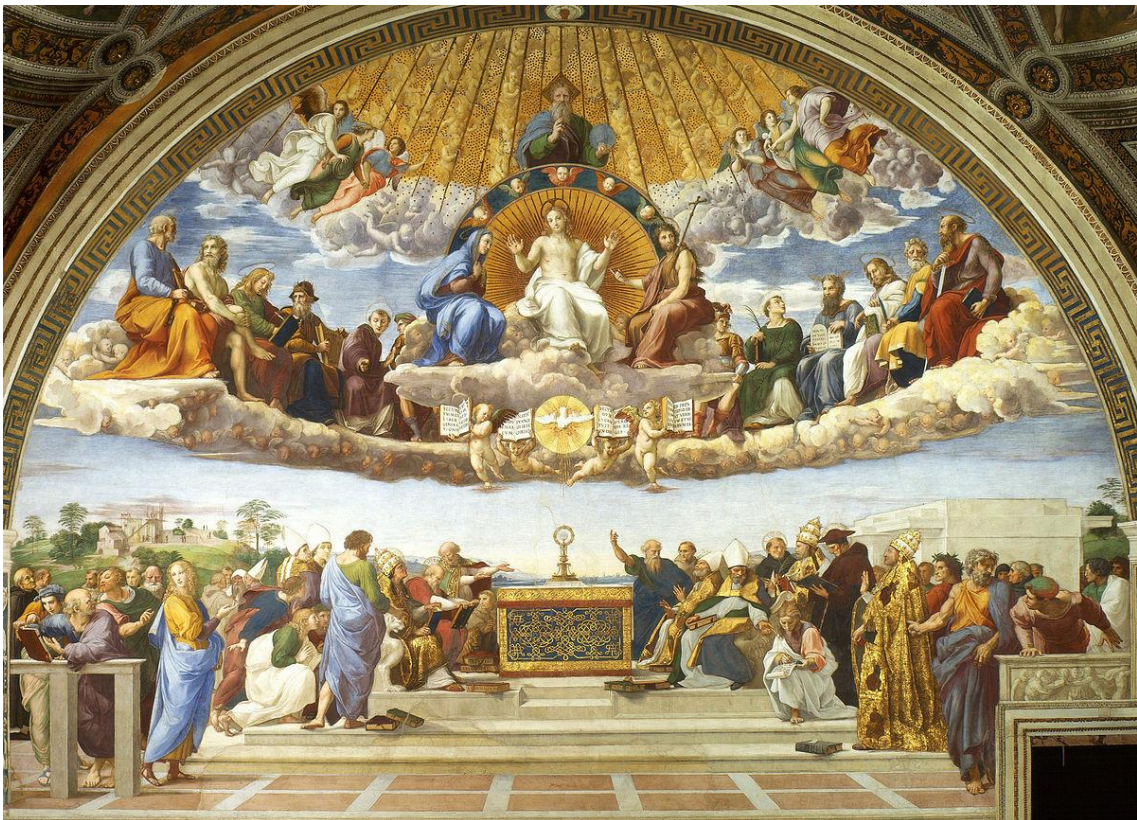


*Vivir*

# *La Eucaristía*



# PRIMERA PARTE

*El camino para ver al  
Resucitado: la Eucaristía*

## TEMA 1. Un camino de Vuelta

*El evangelista Lucas, en el capítulo 24 de su Evangelio, nos trae la noticia de estos caminantes y de su encuentro con el Resucitado. Es un suceso que los otros evangelios ignoran. San Lucas, probablemente, lo escribe varias décadas tras la muerte del Señor; él acompañó a Pablo pero no estuvo en el principio; por eso dice al comienzo que ha investigado y se ha informado de los que fueron testigos oculares. En este pasaje del camino a Emaús, el nombre de Cleofás coincide con el que, según la tradición, era hermano de San José y padre de aquellos que el Evangelio llama “hermanos de Jesús”; cuando da el nombre es que le conocen en la Iglesia y de él procede esta noticia. Es ya la segunda generación cristiana y, quizá, Lucas trae al recuerdo esta aparición con una intención didáctica: quiere enseñar lo que él entiende que es la Eucaristía que ya, según su otro libro (los Hechos), se practicaba en las comunidades cristianas con el nombre de “fractio panis” o fracción del pan. Por eso vamos a asomarnos a este Sacramento desde el pasaje de Lucas, desde su fe en el Resucitado y su experiencia eclesial.*

Dos discípulos huyen de Jerusalén tras la muerte del Señor. Miremos la situación íntima de aquellos caminantes: han visto el fracaso de Jesús que es también su fracaso, tienen miedo, se arrepienten de haber dejado sus casas; decepción, estar de vuelta. Tristeza. Esos son sus sentimientos.

- No serían los únicos. Unos se escondieron y no vieron siquiera lo que sucedió; algunos desaparecieron tras los acontecimientos del Calvario; otros, antes o después, se marcharon a Galilea o a otros lugares.
- Han visto el fracaso de Jesús. Todo lo que en Galilea hacía pensar en un Rey Mesías, en un triunfador que liberara al Pueblo de sus opresores, cae con estrépito. Es un gran fracaso, una burla: *¡Bájate de la cruz!*
- Aún más: estos discípulos habían abandonado sus trabajos y sus casas, habían emprendido una aventura que seguramente fue en su momento motivo de escándalo, de habladurías, de burlas en algunos de sus vecinos y familiares. ¿Cómo se sentirían ahora?
- Cuando sufrimos una decepción, cuando algo deja de ilusionarnos, decimos que “estamos de vuelta”. Están de vuelta. Y ello supone una dosis importante de tristeza. Sus ilusiones, sus

ideales, todo se ha venido abajo. El fracaso de Jesús es su fracaso y el de sus familias.

¿Por qué no nos ponemos en camino con ellos? No es tan difícil.

Por ejemplo: podemos preguntarnos si vamos de ida o estamos de vuelta: nuestra esperanza en Jesús, ¿es viva? ¿Suscita nuestra alegría?

También: ¿No se da esta decepción sobre Jesús y la Iglesia en muchos bautizados que han abandonado su fe? ¿Por qué tantos están de vuelta hoy? Quizá en nuestra familia. Este pasaje puede ayudarnos a comprenderlos y a orientarlos; al menos a llevarlos en nuestro corazón a la Eucaristía para pedir al Señor que se cruce en su camino de decepción.

## TEMA 2. Un caminante se cruza en su camino

Jesús sale a su encuentro como un caminante anónimo que se cruza casualmente con ellos. Coincidencia con ese dato que se repite en el resto de las apariciones: no le reconocen. No sabemos nada sobre su apariencia, pero sí comprendemos lo que nos transmiten: es Él mismo pero ya no es el mismo; ha cambiado; está en otro horizonte. La resurrección requiere para reconocerle una mirada distinta, nueva, coherente con lo que ahora él es. No sirve la mirada superficial con que miramos habitualmente.

- No solamente por los efectos del pecado que tanto limitan incluso nuestras cualidades naturales; es que nuestra misma naturaleza en su estadio actual, de formación, apenas va más allá de las apariencias corporales. Solamente la escucha atenta y el cariño nos permiten ver algo, un poquito apenas, del interior de las personas.
- Jesús ha resucitado; su distancia con nuestra forma de existir es ahora enorme, aun siendo él humano, pues no ha dejado de serlo. Sea su apariencia como sea, no se corresponde con el aspecto anterior; tendrá sus mismos rasgos pero ahora esos rasgos están redibujados, unificados, transfigurados.

Por eso ha de mostrarse a través de la palabra, de la conversación. Él habla y ellos escuchan con atención. Él pregunta de qué hablan y ellos responden con su decepción. Entonces Jesús los llama necios y tardos para comprender. Les da un repaso por toda la Escritura, el Antiguo Testamento, empezando por Moisés y recorriendo los profetas hasta hacerlos ver que según el Plan divino aquella muerte era necesaria para la salvación. Cuando escuchamos su Palabra en la Eucaristía o ante el Sagrario, un consuelo profundo inunda nuestra alma.

¿Participa en la Eucaristía quien no asiste atentamente a la proclamación de la Palabra?

¿Se proclama la Palabra con dignidad, con sentimiento, con fuerza o, simplemente, se lee?

¿De qué hablamos por el camino, como pregunta Jesús a aquellos? ¿Nuestra palabra explica y devuelve el sentido de la vida y la esperanza a aquellos con los que nos cruzamos?

Fijaos lo que dice Pablo al comenzar la Segunda Carta a los Corintios: *¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, 4 que nos consuela en cualquier tribulación nuestra hasta el punto de poder consolar nosotros a los demás en cualquier lucha, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios!*

### TEMA 3. La crisis del sentido de la vida

Cuando termina el encuentro, los dos discípulos dicen que con razón mientras Él hablaba, aun ignorando quién era, les ardía el corazón. O sea, mientras escuchaban, toda la decepción y la tristeza anterior se iban convirtiendo en ardor, o sea, brío, pasión, valor, energía...

- Lo que en realidad les pasaba antes, es frecuente y nos sucede a todos alguna vez. Es la pérdida del sentido de la vida, de la convicción interior y del sentimiento de que la vida, mi vida, tiene sentido, lógica, no es absurda, no es una frustración de sueños irrealizables. A veces el fracaso unido al sufrimiento que genera nos hace dudar de ese sentido: *vaciedad de vaciedad, todo es vaciedad*, decía aquel anciano hospedado en la Sagrada Escritura.
- Esta pérdida del sentido trae consigo el menoscabo de la felicidad puesto que la base y el cimiento de esta no es el bienestar sino el sentido. Si estos discípulos han encontrado el sentido de sus vidas y de toda la existencia acompañando a Jesús en Galilea, ¿qué ocurrirá cuando se hunda esa esperanza?
- Ellos creyeron que lo de Jesús era el triunfo humano del Rey Mesías. No querían acompañarlo a Jerusalén, no estuvieron en el Calvario. Ahora despertaban del sueño más hermoso. ¡Qué amargo despertar!

La palabra de Jesús, como hemos dicho, les devuelve el sentido de su vida, de su camino, de su elección. El resultado es un hálito de gozo, calidez: nuestros corazones ardían... La Eucaristía es la medicina contra esa pérdida del sentido, contra la sensación de absurdo y vaciedad.

Es posible que juzguemos a mucha gente sin caer en la cuenta de que viven esa crisis de sentido. A lo mejor la vivimos nosotros.

La pregunta es si hablamos con Jesús, si nos hacemos los contradizos con él en esas situaciones.

## TEMA 4. Quédate con nosotros

Cuando todo está explicado y él hace ademán de marcharse, surge la súplica: *Quédate con nosotros, anochece*. No basta la explicación, se han “acostumbrado” a él. “Con nosotros”, el “nuestro” de la oración eficaz. Anochece: como cuando la barca, como en Getsemaní, la noche.

Le reconocen al partir el pan: la Cena, la Eucaristía. A la oración de la Iglesia representada en aquellos, responde Él quedándose como Pan. La gracia no es algo; es presencia de alguien, de Jesús. La gracia es compañía de Jesús.

Cuántas veces en el Evangelio, en las Cartas, en la Tradición de la Iglesia, se expresa este deseo de compañía. Estar con él, ver su rostro, hablar de amistad. Los discípulos de Emaús le piden que prolongue su presencia, pues no les basta con haber escuchado su palabra. Quédate con nosotros.

*Estate, Señor, conmigo siempre, sin jamás partirme,  
y cuando decidas irte, llévame, Señor, contigo...  
Llévame, en tu compañía donde tu vayas, Jesús,  
porque bien sé que eres tú la vida del alma mía;  
si tú vida no me das yo sé que vivir no puedo,  
ni si yo sin ti me quedo, ni si tú sin mí te vas...*  
(Teresa de Jesús)

*Declinando está la tarde. Voy corriendo como un río al hondo mar de la muerte.  
¡Quédate, Señor, conmigo! (Padre Pío)*

Aunque se exprese con anhelo personal, la petición, en el fondo, no es “quédate conmigo” sino “quédate con nosotros”: igual que en el Padrenuestro (nuestro pan, nuestras deudas). Jesús no se queda para dar gusto a un individuo espiritual y devoto, sino para integrar a este en la Comunidad que recibe su presencia real, en su Cuerpo con toda clase de carismas y ministerios.

Lo que ahora acontezca, o sea, la Eucaristía (partir el pan) será la respuesta a la súplica suscitada por el Espíritu.

Un tema de conversación y oración podría ser este: analizar nuestras peticiones a ver si la primera es siempre la felicidad individual al margen de la Comunidad



## TEMA 5. *Y, levantándose al momento, corrieron a dar la Noticia.*

Volvemos a Emaús. Le han reconocido pero ha desaparecido. No se quedan en la posada, ni continúan su camino de huída, ni se guardan aquella experiencia para su alegría personal. Vuelven a Jerusalén apresuradamente. Tienen algo importantísimo que contar, algo que no pueden callar. Han de comunicarlo, en primer lugar, a los Doce. Ocurre, sin embargo, que cuando llegan oyen que el Señor se ha aparecido a Pedro y a los demás. La Noticia se cruza, se corrobora; todos la dan y todos la reciben. Se abre un tiempo nuevo. Si hasta entonces Jerusalén era el lugar de llegada y reunión para el judío, ahora, la parte alta de la ciudad donde se encuentra el Cenáculo, será en el futuro la Nueva Sión, de donde se salga para evangelizar el mundo.

- Quien sinceramente, con verdad, reconoce en el Pan al Señor y lo come, no puede seguir el camino “de vuelta” a su vida anterior. “Ya hemos cumplido, ahora, contentos, a casa y a lo nuestro”. Por supuesto que hay que dirigirse a la vida cotidiana, a la realidad donde estamos viviendo, pero ya no será igual. Iremos con deseo de comunicar nuestra fe, de hablar del Señor, de confesar la muerte redentora y la resurrección gloriosa,
- Nuestra Misa, en el rito del Vaticano II y según la traducción de la C.E.E., termina con una despedida que ya es habitual: *Podéis ir en paz*. Es algo muy hermoso pues se trata de la paz que da Jesucristo y que no es comodidad ni falta de compromiso sino todo lo contrario. Pero, ¿se entiende así? Jesús nos dijo que Él no había venido a traer la paz sino la guerra. Por supuesto no se refería a la guerra como violencia sino al combate por la fe. A lo largo de su vida fue proverbial el saludo judío que Él ofrecía con especial amor: *Shalom*, Paz. Pero esa paz divina no es quietud. Es la paz del amor y el amor es dinámico, creativo, comprometedor.
- La caridad es adoración y servicio, pero esas dimensiones son inseparables de la palabra, del mensaje, de la confesión apasionada de la fe. En el alma queda grabado el credo apostólico: *Creo en Dios...* Creo que la historia de salvación que está dentro de mí, que me da forma y vigor. Pero la mayoría de los cristianos callan prudentemente, diciendo como excusa que ellos no están preparados para explicar. Quizá no haya que explicar mucho sino

decir que esa fe es mi vida. Podéis ir en paz es el eco del envío de Jesús: *Id por todo el mundo y predicad la Buena Noticia.*

Comparad esta explicación con nuestra conducta normal. ¿Hablamos de Dios, de Jesucristo en las conversaciones familiares, de amigos...?

## TEMA 6. *La Mesa del Domingo*

La Eucaristía es la primicia de la Nueva Creación que ya está iniciada en la Resurrección. Esta aconteció el día siguiente al sábado, calificado este último en el Génesis como día de descanso de Dios y del hombre. Pero ahora nos dice que el Sabbat no es el último día; que es solamente la víspera del Día Octavo, día de la nueva creación. Celebrar el domingo eucarístico es celebrar y agradecer la Nueva Creación, los nuevos cielos y nueva tierra acontecidos en el Cuerpo glorioso del Señor.

Es domingo: vamos a reunirnos con la Comunidad para escuchar su Palabra y ser testigos de su resurrección; vamos a reconocerle, a hacer un acto de fe, a mirar con hondura, a encontrarnos con él. Pero es preciso no quedarse en el cumplimiento de una obligación.

Me pregunto cómo iría un amigo de Jesús a encontrarse con él si supiera dónde podría encontrarle:

- ¿Se prepararía? ¿Se pondría el traje de fiesta? ¿Se limpiaría bien la mirada para poder reconocerle? O sea, ¿pediría mirada de fe y ejercitaría esta?
- ¿Estaría impaciente? ¿Iría ilusionado? ¿Contaría las horas? ¿Se adelantaría a la hora por impaciencia o llegaría tarde a la cita?

Esta Mesa está preparada no para individuos aislados, muy espirituales y devotos, sino para la Comunidad eclesial. No se trata de elegir la hora más adecuada para nuestro plan del día, sino aquella en la que acostumbramos y nos solemos encontrar con muchas personas ya conocidas. Si podemos, conviene acudir para renovar nuestra pertenencia a un grupo eclesial, sea parroquia o institución pastoral estable.

El domingo en familia es muy coherente con el misterio de la Eucaristía; la familia sale reforzada, los vínculos se ahondan.

# SEGUNDA PARTE

*Te Adoro Devotamente,  
Divinidad Oculta*

## TEMA 1. Ya no es pan, es Jesucristo

La Historia de Salvación es el esfuerzo de Dios para hacerse presente al hombre, sin trampas y de forma real; para compartir su mundo y su sufrimiento, para “*estar con vosotros*” que tantas veces dice. Presencia cada vez más clara y cercana. La visión de aquella zarza ardiente con que fue agraciado Moisés abre una serie de encuentros cada vez más intensos y cercanos: los tres peregrinos que se acercan a la tienda de Abraham, la visión de Isaías de los serafines, etc. Esa presencia se hace notar en inspiraciones, palabras proféticas y regalos milagrosos como el *maná* del desierto.

Y ese esfuerzo de amor, con la colaboración entrañable y obediente de María, culmina en la Encarnación, que se prolonga sacramentalmente en la Eucaristía. Si ante la zarza ardiente sonaron aquellas palabras, *descálzate que pisas tierra sagrada*, ¿qué palabras debemos oír cuando Dios Jesucristo se haga presente en la Eucaristía? Sin duda: *póstrate y adora que es tu Señor*.

- Postrarse, adorar, es reconocer y abajarse ante la presencia de Dios: tenderse en tierra, arrodillarse... Es la actitud de la criatura ante lo divino, el reconocimiento de la grandeza que nos trasciende y de nuestra pequeñez. Pequeñez: ¿cómo voy a adorar si no me reconozco pequeño?
- *Apártate de mí, que soy un hombre pecador*, dice Pedro a Jesús en aquella pesca milagrosa. Al reconocer al Señor en aquel Pan y adorar, al mismo tiempo me reconozco y tomo conciencia de mi indignidad, no de criatura, sino de pecador. No soy digno. Por eso, en muchas ocasiones me abstengo de comulgar al comprobar que no guardo ni los mínimos, que he pecado gravemente. Y por eso el examen y la confesión cuando es necesario. Por supuesto vale más no comulgar personalmente pero unirse a la comunión de la Iglesia en ese momento, que comulgar sacrílegamente, sin la debida preparación.

Dejémonos admirar ante lo que hacemos, quizá por costumbre y sin poner demasiada atención: ¡Adoramos un trozo de pan y una copa de vino! ¿Os dais cuenta? Porque esto significa que ese pan y ese vino no son meros símbolos de la presencia de Jesús Dios, sino que son Él mismo. Ese Pan es Jesús: ni representa a Jesús, ni Jesús está en él, ¡es Jesús! Fijaos lo que dice el mártir San Justino allá por el año 160: “*A nadie le es lícito participar en la Eucaristía, si no cree*

*que son verdad las cosas que enseñamos y no se ha purificado en aquel baño que da la remisión de los pecados y la regeneración, y no vive como Cristo nos enseñó. Porque no tomamos estos alimentos como si fueran un pan común o una bebida ordinaria, sino que así como Cristo, nuestro salvador, se hizo carne y sangre a causa de nuestra salvación, de la misma manera hemos aprendido que **el alimento sobre el que fue recitada la acción de gracias, que contiene las palabras de Jesús y con que se alimenta y transforma nuestra sangre y nuestra carne, es precisamente la carne y la sangre de aquel mismo Jesús que se encarnó.***

Quizá podríamos conversar sobre nuestra fe en la conversión real del pan y del vino en la persona de Jesús, cuerpo, sangre, alma y divinidad. Y, ¿cómo no?, decir al Señor que nos aumente la fe.

También sería importante examinar si respetamos la santidad del sacramento o nos acercamos porque nos apetece sin más o porque lo deseamos; si llegamos mediada la Misa y nos acercamos a comulgar como quien lo ha pedido, deseado y esperado.

## TEMA 2. Adorar es estimar como valor máximo

¡Es mi Señor! No se trata solamente de una postura corporal, aunque la postura, arrodillarse normalmente, sea expresión y signo de la adoración. Se trata, antes que nada, de una actitud personal, de un sentimiento del alma. Adora el corazón, la sensibilidad, la inteligencia, el cuerpo, la persona entera. Adorar es:

- Sentirnos anonadados, asombrados. El asombro surge en el alma cuando caemos en la cuenta, ante el Sagrario, o ante el Altar, que estamos ante Dios, ante Jesucristo, nuestro Creador y Redentor. Jesucristo está ante mí de modo real, está ante mí, a mi lado. ¿Cómo es posible?
- Descubrir el tesoro escondido. ¡Por fin! Esa exclamación se forma en nuestro interior como diciendo que ya no hay que buscar más, que hemos encontrado a quien da sentido a nuestra vida, nos acompaña, nos sana y plenifica. ¡Te he encontrado, Señor!, exclama quien reconoce y adora.
- Amar. “Te adoro” es la expresión máxima del amor. Concretar el mandamiento del amor a Dios (“con todo tu corazón...”) en el Santísimo Sacramento es confesar que ese Pan es Dios, pero Dios entregado, presente, misericordioso, cercano. No podemos mirar esa Hostia con fe inteligente pero fría como el hielo: *los demonios creen y tiemblan*, dice Santiago en su Epístola. A los santos que han entendido con el corazón el misterio que realizaban o recibían, se les han saltado las lágrimas, han llorado de amor, se han conmovido íntimamente.

“No adoréis a nadie más que a Él”, cantamos. La adoración eucarística, si es real y sincera, nos liberará de adorar a nadie que no sea Él. Amaremos a muchas personas pero nada más que amar. Cuando dedicamos ratos a la adoración no sólo estamos amando a Jesús; a la vez nos estamos curando de falsos amores, nos estamos desintoxicando de ídolos que nos han robado el corazón, estamos recibiendo un exorcismo que expulsa nuestros demonios interiores.

¿Soy un adorador? ¿Hasta qué punto?

# TERCERA PARTE

*Ofreced Vuestros Cuerpos  
Como Hostia Pura*



## TEMA 1. “Mi sangre derramada por muchos”

En la noche anterior a su Pasión, el Señor adelantó el acontecimiento de la Cruz con su identificación y entrega como pan y como vino. Esa noche convirtió lo que iba a ser un asesinato en sacrificio libre, anticipó el sacrificio ofreciendo su vida con libertad y anterioridad a la condena. San Pablo, lo recuerda en muchos lugares: ... *Dios lo constituyó sacrificio de propiciación mediante la fe en su sangre* (Rm 3,25) o « *Caminad en la caridad, de la misma manera con que os amó Cristo y se dio a sí mismo por nosotros, ofreciéndose a Dios en sacrificio de suave olor*». (Ef 5,2). O sea, Pablo identifica: amor de Cristo a nosotros como motivación, ofrecimiento a Dios y sacrificio como consecuencia. Estamos en la celebración o en la oración ante el sagrario; oigamos lo que se nos dice: Juan Bautista señala la Hostia y exclama: *Es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo*. Oíd el aviso que, en más de una ocasión hizo a los apóstoles sin que ellos comprendieran: «*Entonces comenzó a manifestar a sus discípulos que tenía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, de los sumos sacerdotes y de los escribas, y ser entregado a la muerte, y resucitar al tercer día*». En uno de sus discursos más solemnes, en el Templo, se identifica con el Pastor-Sacerdote único que «*da su vida por las ovejas*». Cuerpo pero entregado, sangre pero derramada.

- Reconozcamos al Señor presente en la Eucaristía, pero no en abstracto. Cuando nosotros nos presentamos a alguien o vamos a una reunión de amigos, aparecemos con rasgos que denotan lo que antes hemos vivido: alegría, tristeza, vitalidad, cansancio. Aquí es Cristo glorioso pero que conserva las llagas de la Pasión. Ya no sufre el dolor físico y psíquico de las heridas y los desprecios, pero sigue siendo el Sacrificado, lo es para siempre porque el sacrificio a ese nivel constituye a la persona como entregada y coincide con la glorificación; ahora convierte esa forma de vida sacrificada y gloriosa en aparición real de su acción de entregarse y de su estado sacrificial.
- Por eso, cuando asistimos a la celebración estamos en el Calvario, al pie de la Cruz, como las mujeres y el Discípulo amado; no es solamente una metáfora aunque tampoco se trata de una estancia local física. Contemplamos al que atravesaron, al hombre que despojándose de su condición divina llegó al extremo del

sufrimiento, de la soledad y de la muerte. Y sabemos que eso sucede hoy, ante mí, porque comer ese Pan nos hace contemporáneos del momento más grande de la Historia.

¿Reconocemos en la Eucaristía al Jesús que Tomás adoró tras tocar sus heridas?  
¿Nos sentimos ante el crucificado por amor?

## TEMA 2. “Vivió sacrificado, murió como vivió”

Nuestra mentalidad, nuestras categorías tan atadas a la justicia vindicativa, nos pueden empujar a contemplar el sacrificio de la Cruz como el pago de una deuda con Dios, el castigo por el pecado por parte del Juez inmisericorde, casi como una venganza dulcificada por ejecutarla en su Hijo en vez de en los verdaderos culpables. Y esto puede alejarnos de la verdad. La Eucaristía es el Amor sacrificado, o su resultado sacramental.

- Nuestro Señor termina con los sacrificios que pretendían “comprar” a Dios, o autocastigarse. Desde el sacrificio de los hijos, hasta el de los prisioneros de guerra. *Misericordia quiero, que no sacrificio*, dice cuando le critican por su cercanía a los pecadores pronunciando palabras de la Escritura. El verdadero sacrificio no puede consistir en la entrega de algo exterior, sino de la persona misma, de su voluntad. Esto solo es posible por amor y con amor. Y solo es posible con una libertad que el hombre no posee.

El sacrificio de amor o el amor sacrificado no se redujo a la Cruz. Ella fue la culminación, pero ocupó toda su vida. Siendo de condición divina se hizo hombre, bebé, nació en un establo, vivió en una aldehuela como pequeño y pobre artesano, salió a los caminos cuando oyó la voz del Padre, no tuvo donde reclinar la cabeza, aguantó la crítica, la calumnia, la persecución, la soledad... Todo por amor a sus hermanos los hombres.

La Cruz no fue un accidente sino un Camino que los mismos Apóstoles se negaban a acompañar:

*Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día. Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: «¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte». Jesús se volvió y dijo a Pedro: «Aléjate de mí, Satanás. Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios». Entonces dijo a los discípulos: «El que quiera venir en pos de mí que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla? (Mt 16,21-26)*

Recemos juntos ahora y luego ante el sagrario, este himno de Filipenses:

*Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús.  
El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios;  
al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo,  
hecho semejante a los hombres.*

*Y así, reconocido como hombre por su presencia,  
se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz;  
Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre- sobre-todo-nombre;  
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra,  
en el abismo,  
y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.*

### TEMA 3. "Comer el Sacrificio"

Oíd lo que dice San Pablo en Romanos 12 a los que comen el Cuerpo del Señor, a los bautizados en su sacrificio: *Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual.* Cristo ha terminado con los sacrificios pero ha abierto la puerta a los sacrificados, a los incorporados a su Cuerpo sacrificado: *completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia,* dirá también Pablo en Colosenses.

- Participar del culto eucarístico es, necesariamente, participar del sacrificio del Señor. Es algo muy serio y comprometedor. Tu comes, pero te haces comida: *Soy trigo de Dios, y he de ser molido por los dientes de las fieras* (De la carta de san Ignacio de Antioquía a los Romanos. Caps. 4). La Eucaristía es también mi ofertorio.
- Por eso, la participación en la Eucaristía nos abre para recibir la vocación, o sea, la misión que nos cambia el nombre, como a Simón Pedro, que nos saca de nuestra barca de pescadores para hacernos pescadores de hombres. La Eucaristía nos echa de nuestros refugios y nos hace salir a evangelizar.
- La vocación verdadera, sea sacerdotal, consagrada, matrimonial, es una verdadera participación en la entrega del Señor. La vida deja de ser proyecto personal para ser servicio inesperado. Dios te ofrece, mediante la vocación personal, la forma de morirte en Jesús, de desaparecer en él para luego resucitar con él.

El Señor ha dicho que quien se guarda la vida la malogra. Y eso sucede cuando identificamos la felicidad con el bienestar y hacemos planes de futuro como si la vida fuera nuestra, sin preguntarle a Él qué espera y qué desea. Hasta las profesiones que antaño eran vocacionales, de entrega total, las han convertido en medios para ganar mucho, para ascender socialmente y nada más. Así se están malogrando tantas vidas.

Comer al Sacrificado supone un cambio total de perspectiva, de actitud. Vivir la vida como vocación para la entrega, en el terreno que sea, por muy secular que resulte. Comulgar es empezar a sacrificarse a la voluntad de Dios y al bien de los hermanos.

Pensemos en nuestra vocación personal, en la renuncia a manejar arbitrariamente nuestro presente y nuestro futuro, y oremos.

# CUARTA PARTE

*Danos Hoy Nuestro Pan  
De Mañana*

## TEMA 1. “La Historia de Dios y la historia del pan”

El pan, alimento esencial y básico de la cultura mediterránea, se va a convertir, paso a paso, en un símbolo del amor de Dios y de la generosidad del hombre. Es una historia muy bonita que vamos a recordar aunque sea brevemente.

- *Comerás el pan con sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra*, le dice Dios a Adán tras el pecado. Pan y vino es la ofrenda sacerdotal de aquel misterioso sacerdote que es Melquisedec. En el Santo del Templo se depositan los llamados *panes de la proposición o de la presencia*: doce, uno por cada tribu. Los panes ácimos, sin levadura, se convierten en alimento durante la mayor de las fiestas del pueblo. El milagro de Elías con la viuda de Sarepta multiplicando la harina y sobre todo el de Eliseo dando de comer a muchos con pocos panes anuncian la multiplicación del Evangelio.
- En este, el comienzo son las tentaciones y la primera de ellas es la invitación a convertir las piedras en pan, o sea, a no recibirlo de Dios como regalo; el rechazo de Jesús es una confesión de que el verdadero pan viene de Dios, de su palabra. Luego, la multiplicación como expresión de misericordia. La enseñanza del Padrenuestro hace pedir a Dios “nuestro pan de cada día”. Por último, el pan en la Santa Cena se transforma en el Cuerpo que será entregado.

Es una vinculación lógica, pues el ser humano está necesitado de buscar alimentos diariamente y, aunque la naturaleza es una despensa muy rica y variada, la ignorancia, la codicia, la pereza, han introducido en la humanidad hambrunas. Dios se manifiesta en Jesús como el Padre que reparte el pan a los hijos que rodean su mesa.

Los panes de la presencia, realizados en plenitud impensable durante la Santa Cena, nos dicen algo importante: pan y cuerpo son dos realidades muy vinculadas; el pan, en Santo del Templo, hace presente al cuerpo ante Dios. El cuerpo de algún modo es aquello de que se alimenta, el alimento llega a integrarse en el cuerpo, a hacerse cuerpo. Dar el pan es crear el cuerpo del otro; negar el pan es negar ese cuerpo. La esclavitud o la prostitución niegan ambas cosas y obligan a convertir el cuerpo en máquina indigna.



En una palabra: cuando vamos a comulgar hemos de pensar esto. Jesús no ha escogido el pan casualmente. Elige esta sustancia porque es la más cercana a lo que su persona significa. Quiere decirnos que es nuestro alimento, que Él posee la bondad del pan, de ese pan que a nadie se niega. Es preciosa la impronta del rostro de Jesús en la Sábana Santa, pero hoy su verdadero rostro para nosotros es el Pan. Así quiere que le reconozcamos.

En cuanto al vino, es símbolo de la alegría, parte esencial de la fiesta (“Hijo, no tienen vino”). El Espíritu Santo es el Vino generoso de Dios que pone fuego en el corazón y calor en las palabras para hablar con Él y de Él.

Ambos están unidos en la subsistencia de los pobres, de las gentes de nuestros pueblos antaño: “al buen amigo, dale tu pan y dale tu vino”, “con pan y con vino se anda el camino”

## TEMA 2. “El Pan de mañana”

El Señor nos enseñó a pedir pan para el momento presente, como exigió Dios cuando el maná, que no lo guardaran y si lo guardaban se corrompía: “danos hoy el pan para hoy”. Los traductores acertaron con el “de cada día” pues es una traducción sensata y muy sencilla para orar; responde a lo que el texto indica. Sin embargo, la cosa tiene más hondura y vale la pena asomarnos aunque sea un poquito. El término griego que usa el evangelio y que nosotros pronunciamos como “de cada día” no es fácil de traducir porque no se usa en ese idioma y porque puede venir de dos verbos distintos. Para resumir, decimos que se podría traducir de tres maneras:

- “Danos hoy nuestro pan *imprescindible* para subsistir. La ración estricta del día. Lo imprescindible, mínimo, necesario absolutamente; lo que se precisa para salir hoy del paso. O sea, la ración para el día.
- “Danos hoy nuestro *superpan*, un pan más que alimenticio, diferente a los demás panes. El de los hijos.
- “Danos hoy nuestro pan *de mañana*, el pan del futuro que nos alimente para ese futuro y lo adelante. El pan que trae al hoy el futuro y nos hace vivirlo anticipadamente.

Como decimos las tres están debajo de ese “de cada día”: imprescindible para cada día, enriquecedor del día, anticipo hoy del futuro en Dios. La primera es la petición de los pobrecillos y de los obreros del Reino; la segunda apunta más allá del pan; la tercera desborda al pan. San Jerónimo la une con la Eucaristía y dice que es lo que, en el fondo, pedimos en el Padrenuestro. Vamos a fijarnos en ella.

- Ese pan no viene de la tierra actual a pesar de que arranca del que presentamos en la ofrenda. Viene del cielo, Pan vivo bajado del cielo. Es pan celestial, divino, pues se trata del mismo Dios. ¿No se ha cantado “pan de los ángeles”? Si los ángeles comieran, ese sería su pan adecuado.
- Ese pan es del mañana, de la resurrección: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día*. Viene a nosotros: es la venida actual del Señor, aunque aún no sea visible para el que no cree. Miro la Hostia y pienso: ahí me llega mi

mañana adelantado, ahí está mi futuro, mi resurrección. Y exclamo por dentro: *maranatta*, ven Señor Jesús.

- Ese Pan nos cristifica, nos convierte en Cristo, pero sin despersonalizarnos, sin destruir nuestra originalidad de seres únicos creados y agraciados por Dios. A la inversa, de algún modo, Jesús se convierte en nosotros, nos hace imágenes suyas, retratos originales, que reflejan en el rostro la gloria del Resucitado. Dice San Agustín en las Confesiones: “*Y no me transformarás en substancia tuya como sucede con la comida corporal, sino que **tú te transformarás en Mi**”.*

Y esto, ¿qué significa para el que comulga? Que si lo hace de corazón, el Señor le saca de un presente cerrado, le abre la ventana del cielo para que respire Espíritu Santo. Que no teme lo que vendrá porque ya lo tiene dentro y asimilado. Es una inyección grandiosa de esperanza aunque en ese momento no se sienta.

Ofrezcamos al Señor nuestro presente y aceptemos el futuro que nos depare.

### TEMA 3. "Nuestro Pan"

*Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno.*

*El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común... Entre ellos no había necesitados, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; luego se distribuía a cada uno según lo que necesitaba.*

Son los dos sumarios o resúmenes del Libro de los Hechos de los Apóstoles, en los capítulos 2 y 4.

La Eucaristía, nuestro Pan divino que el Padre nos regala, es inseparable de la materia elegida por Dios, el pan natural. La Eucaristía es el Sacramento de la Caridad por excelencia: ¡es el corazón de Dios!, el Sagrado Corazón de Jesús. La medida del corazón es el pan entregado. Por eso, en la iglesia de las primeras décadas la "fracción del pan" es inseparable de tener todo en común, de vender posesiones y repartir según necesidad, de no llamar a nada suyo propio, etc.

No se trata, simplemente, de vincular la Eucaristía con la limosna. Es mucho más. Unión con Jesucristo para luchar contra el hambre, contra la miseria; para defender la dignidad de los cuerpos, porque esos cuerpos son personas.

Tanto es así que los Apóstoles inventaron un ministerio que no había fundado directamente el Señor; se trata del diaconado. Y era a la vez, servicio a la Eucaristía en la liturgia y servicio a los pobres en las mesas. La Iglesia atendía a viudas, huérfanos e impedidos con ayudas serias, periódicas y continuadas, no con prestaciones ocasionales.

Si hoy la situación económica es distinta, no lo es la necesidad de muchos ni la distancia creciente entre pobres y ricos. ¿Basta colaborar con Cáritas? ¿Puede una familia apropiarse de sus ingresos cuando van mucho más allá de lo necesario? Por ejemplo, cuando entran dos o tres salarios elevados, o cuando posee rentas abundantes de propiedades muy productivas, etc.

Por otro lado, ¿se puede tolerar el enriquecimiento por narcotráfico, trato de personas, robo al Estado, etc.? ¿Lo consentimos como sociedad? ¿A quién vota un cristiano y qué le exige en este sentido?

Voy a comer el Pan divino y sé que es totalmente gratuito, pero enormemente caro para quien comprende lo que come. Quedo en deuda, pero de verdad, en serio. En este sentido, Dios eucaristizado es mucho más justo pero muchísimo más exigente que Hacienda pública.

Habría que concretar propósitos para compartir los bienes que tenemos. ¿Cómo y qué puedo hacer en este sentido? ¿No debería ser una conversación de cuando en cuando, entre toda la familia, padres e hijos?